

- 36.- ¿Cuáles son las principales estrofas castellanas, y qué características presentan?
- 37.- ¿En qué se basa el versolibrismo?
- 38.- ¿Qué es lo característico de este movimiento en cuanto a la forma?
- 39.- ¿En dónde reside la armonía en el verso libre?
- 40.- ¿Qué libertades ofrece el verso libre, para el poeta?

## P O E T I C A .

Pero, ¿qué voy a decir yo de la Poesía? ¿Qué voy a decir de esas nubes, de ese cielo? Mirar, mirar, mirarlas, mirarle y nada más. Comprenderás que un poeta no puede decir nada de la Poesía. Eso déjasele a los críticos y profesores, Pero ni tú ni yo ni ningún poeta sabemos lo que es la Poesía.

Aquí está: mira. Yo tengo el fuego en mis manos. Yo lo entiendo y trabajo con él perfectamente, pero no puedo hablar de él sin literatura. Yo comprendo todas las poéticas; podría hablar de ellas si no cambiara de opinión cada cinco minutos. No sé, Puede que algún día me guste la poesía mala muchísimo, como me gusta (nos gusta) hoy la música mala con locura. Quemaré el Partenón por la noche para empezar a levantarlo por la mañana y no terminarlo nunca.

En mis conferencias he hablado a veces de la Poesía, pero de lo único que no puedo hablar es de mi poesía. Y no porque sea un inconsciente de lo que hago. Al contrario, si es verdad que soy poeta por la gracia de Dios —o del demonio— también lo es que lo soy por la gracia de la técnica y del esfuerzo, y de darme cuenta en absoluto de lo que es un poema.

Federico García Lorca.

REYERTA.

En la mitad del barranco  
las navajas de Albacete,  
bellas de sangre contraria,  
relucen como los peces.  
Una dura luz de naípe  
recorta en el agrio verde  
caballos enfurecidos  
y perfiles de jinetes.  
En la copa de un olivo  
lloran dos viejas mujeres.  
El toro de la reyerta  
se sube por las paredes.  
Ángeles negros traían  
pañuelos y agua de nieve.  
Ángeles con grandes alas  
de navajas de Albacete.  
Juan Antonio el de Montilla  
rueda muerto la pendiente,  
su cuerpo lleno de lirios  
y una granada en las sienas.  
Ahora monta cruz de fuego,  
carretera de la muerte.

El juez, con guardia civil,  
por los olivares viene.  
Sangre resbalada gime  
muda canción de serpiente.

—Señores guardias civiles:  
aquí pasó lo de siempre.  
Han muerto cuatro romanos  
y cinco cartagineses'

o

La tarde loca de higueras  
y de rumores calientes  
cae desmayada en los muslos  
heridos de los jinetes.

Y ángeles negros volaban  
por el aire de poniente.  
Ángeles de largas trenzas  
y corazones de aceite.

DIVÁN DEL TAMARIT.

(1936)

ESTE ES EL PROLOGO.

Dejaría en este libro  
toda mi alma.  
Este libro que ha visto  
conmigo los paisajes  
y vivido horas santas.

¡Qué pena de los libros  
que nos llenan las manos  
de rosas y de estrellas  
y lentamente pasan!

¡Qué tristeza tan honda  
es mirar los retablos  
de dolores y penas  
que un corazón levanta!

Ver pasar los espectros  
de vidas que se borran,  
ver al hombre desnudo  
en Pegaso sin alas,  
ver la vida y la muerte,  
la síntesis del mundo,  
que en espacios profundos  
se miran y se abrazan.

Un libro de poesías  
es el otoño muerto:

los versos son las hojas  
negras en tierras blancas,

y la voz que los lee  
es el soplo del viento  
que les hunde en los pechos  
—entrañables distancias—.

El poeta es un árbol  
con frutos de tristeza  
y con hojas marchitas  
de llorar lo que ama.

El poeta es el médium  
de la naturaleza  
que explica su grandeza  
por medio de palabras.

El poeta comprende  
todo lo incomprendible  
y a cosas que se odian,  
él, amigas las llama.

Sabe que los senderos  
son todos imposibles,  
y por eso de noche  
va por ellos en calma.

En los libros de versos,  
entre rosas de sangre,  
van pasando las tristes  
y eternas caravanas

que hicieron al poeta  
cuando llora en las tardes,  
rodeado y ceñido  
por sus propios fantasmas.

Poesía es amargura,  
miel celeste que mana  
de un panal invisible  
que fabrican las almas.

Poesía es lo imposible  
hecho posible. Arpa  
que tiene en vez de cuerdas  
corazones y llamas.

Poesía es la vida  
que cruzamos con ansia,  
esperando al que lleva  
sin rumbo nuestra barca.

Libros dulces de versos  
son los astros que pasan  
por el silencio mudo  
al reino de la Nada,  
escribiendo en el cielo  
sus estrofas de plata.

¡Oh, qué penas tan hondas  
y nunca remediadas,  
las voces dolorosas  
que los poetas cantan!

Dejaría en el libro  
éste toda mi alma...

(7 de agosto de 1918)

S O L E D A D

(Homenaje a Fray Luis de León)

*Difícil delgadez:  
¿Busca el mundo una blanca,  
total, perenne ausencia?*

Jorge Guillén.

Soledad pensativa  
sobre piedra y rosal, muerte y desvelo,  
donde libre y cautiva,  
fija en su blanco vuelo,  
canta la luz herida por el hielo.

Soledad con estilo  
de silencio sin fin y arquitectura,  
donde la planta en vilo  
del ave en la espesura,  
no consigue clavar tu carne oscura.

En ti deajo olvidada  
la frenética lluvia de mis venas,  
mi cintura cuajada:  
y rompiendo cadenas,  
rosa débil seré por las arenas.

Rosa de mi desnudo  
sobre paños de cal y sordo fuego,  
cuando roto ya el nudo,  
limpio de luna, y ciego,  
cruce tus finas ondas de sosiego.

En la curva del río  
el doble cisne su blancura canta.  
Húmeda voz sin frío  
fluye de su garganta,  
y por los juncos rueda y se levanta.

Con su rosa de harina  
niño desnudo mide la ribera,  
mientras el bosque afina  
su música primera  
en rumor de cristales y madera.

Coros de siemprevivas  
giran locos pidiendo eternidades.  
Sus señas expresivas  
hieren las dos mitades  
del mapa que rezuma soledades.

El arpa y su lamento  
prendido en nervios de metal dorado  
tanto dulce instrumento  
resonante o delgado,  
buscan ioh, soledad! tu reino helado.

Mientras tú, inaccesible  
para la verde lepra del sonido,  
no hay altura posible  
ni labio conocido  
por donde llegue a tí nuestro gemido.

S O N E T O.

Yo sé que mi perfil será tranquilo  
en el musgo de un norte sin reflejo.  
Mercurio de vigilia, casto espejo  
donde se quiebra el pulso de mi estilo.

Que si la yedra y el frescor del hilo  
fue la norma del cuerpo que yo deajo,  
mi perfil en la arena será un viejo  
silencio sin rubor de cocodrilo.

Y aunque nunca tendrá sabor de llama  
mi lengua de palomas ateridas  
sino desierto gusto de retama,

libre signo de normas oprimidas  
seré en el cuerpo de la yerta rama  
y en el sínfn de dalias doloridas.

LOS ENCUENTROS DE UN  
CARACOL AVENTURERO.

Diciembre de 1918. (Granada).

Hay dulzura infantil  
En la mañana quieta.  
Los árboles extienden  
Sus brazos a la tierra.  
Un vaho tembloroso  
Cubré las sementeras,  
Y las arañas tienden  
Sus caminos de seda  
—Rayas al cristal limpio  
Del aire—

En la alameda  
Un manantial recita  
Su canto entre las hierbas,  
Y el caracol, pacífico  
Burgués de la vereda,  
Ignorado y humilde,  
El paisaje contempla.

La divina quietud  
De la Naturaleza  
Le dio valor y fe,  
y olvidando las penas  
De su hogar deseó  
Ver el fin de la senda.

Echó a andar e internóse  
En un bosque de yedras  
Y de ortigas. En medio  
Había dos ranas viejas

Que tomaban el sol,  
Aburridas y enfermas.

Esos cantos modernos,  
Murmuraba una de ellas,  
y olvidando las penas  
Son inútiles. Todos,  
Amiga, le contesta  
La otra rana, que estaba  
Herida y casi ciega:  
Cuando joven creía  
Que si al fin Dios oyera  
Nuestro canto, tendría  
Compasión. Y mi ciencia,  
Pues ya he vivido mucho,  
Hace que no lo crea.  
Yo ya no canto más...

Las dos ranas se quejan  
Pidiendo una limosna  
A una ranita nueva  
Que pasa presumida  
Apartando las hierbas

Ante el bosque sombrío  
El caracol se aterra.  
Quiere gritar. No puede  
Las ranas se le acercan.

¿Es una mariposa?  
Dice la casi ciega.  
Tiene dos cuernecitos,  
La otra rana contesta.  
Es el caracol. ¿Vienes,  
Caracol, de otras tierras?

Vengo de mi casa y quiero  
Volverme muy pronto a ella.  
Es un bicho muy cobarde,  
Exclama la rana ciega.

¿No cantas nunca? No canto,  
Dice el caracol. ¿Ni rezas?  
Tampoco: nunca aprendí.  
¿Ni crees en la vida eterna?  
¿Qué es eso?

Pues vivir siempre  
En el agua más serena,  
Junto a una tierra florida  
Que a un rico manjar sustenta.  
Cuando niño a mí me dijo,  
Un día, mi pobre abuela  
Que al morirme yo me iría  
Sobre las hojas más tiernas  
De los árboles más altos.

Una hereje era tu abuela.  
La verdad te la decimos  
Nosotras. Creerás en ella,  
Dicen las ranas furiosas.

¿Por qué quise ver la senda?  
Gime el caracol. Sí creo  
Por siempre en la vida eterna  
Que predicáis...

Las ranas,  
Muy pensativas, se alejan,  
Y el caracol, asustado,  
Se va perdiendo en la selva.

Las dos ranas mendigas  
Como esfinges se quedan.  
Una de ellas pregunta:  
¿Crees tú en la vida eterna?  
Yo no, dice muy triste  
La rana herida y ciega.  
¿Por qué hemos dicho, entonces,  
Al caracol que crea?  
Porque... No sé por qué,

Dice la rana ciega.  
Me lleno de emoción  
Al sentir la firmeza  
Con que llaman mis hijos  
A Dios desde la acequia...

Y el pobre caracol  
Vuelve atrás. Ya en la senda  
Un silencio ondulado  
Mana de la alameda.  
Con un grupo de hormigas  
Encarnadas se encuentra.  
Van muy alborotadas  
Arrastrando tras ellas  
A otra hormiga que tiene  
Tronchadas las antenas.  
El caracol exclama:  
Hormiguitas, paciencia,  
¿Por qué así maltratáis  
A vuestra compañera?  
Contadme lo que ha hecho.  
Yo juzgaré en conciencia.  
Cuéntalo tú, hormiguita.  
La hormiga medio muerta  
Dice muy tristemente:  
Yo he visto las estrellas.  
¿Qué son las estrellas?, dicen  
Las hormigas inquietas.  
Y el caracol pregunta  
Pensativo: ¿Estrellas?  
Sí, repite la hormiga, He visto las estrellas.  
Subí al árbol más alto  
Que tiene la alameda  
Y vi miles de ojos  
Dentro de mis tinieblas.

El caracol pregunta:  
¿Pero qué son estrellas?  
Son luces que llevamos  
Sobre nuestra cabeza.

Nosotras no las vemos,  
Las hormigas comentan.  
Y el caracol: Mi vista  
Solo alcanza a las hierbas.

Las hormigas exclaman  
Moviendo sus antenas:  
Te mataremos, eres  
Perezosa y perversa.  
El trabajo es tu ley.

Yo he visto a las estrellas,  
Dice la hormiga herida.  
Y el caracol sentencia:  
Dejadla que se vaya,  
Seguid vuestras faenas.  
Es fácil que muy pronto  
Ya rendida se muera.

Por el aire dulzón  
Ha cruzado una abeja.  
La hormiga agonizando  
Huele la tarde inmensa  
Y dice: Es la que viene  
A llevarme a una estrella.

Las demás hormiguitas  
Huyen al verla muerta.

El caracol suspira  
Y aturdido se aleja  
Lleno de confusión  
Por lo eterno. La senda  
No tiene fin, exclama.  
Acaso a las estrellas  
Se llegue por aquí.  
Pero mi gran torpeza  
Me impedirá llegar.  
No hay que pensar en ellas.

Todo estaba brumoso  
De sol débil y niebla.  
Campanarios lejanos  
Llaman gente a la iglesia.  
Y el caracol, pacífico  
Burgués de la vereda,  
Aturdido e inquieto  
El paisaje contempla.

CANCION OTOÑAL.

Noviembre de 1918. (Granada)

Hoy siento en el corazón  
Un vago temblor de estrellas,  
Pero mi senda se pierde  
En el alma de la niebla.  
La luz me troncha las alas  
Y el dolor de mi tristeza  
Va mojando los recuerdos  
En la fuente de la idea.

Todas las rosas son blancas,  
Tan blancas como mi pena,  
Y no son las rosas blancas,  
Que ha nevado sobre ellas,  
Antes tuvieron el iris.  
También sobre el alma nieva.  
La nieve del alma tiene  
Copos de besos y escenas  
Que se hundieron en la sombra  
O en la luz del que las piensa.

La nieve cae de las rosas  
Pero la del alma queda,  
Y la garra de los años  
Hace un sudario con ellas.